

de sus cabellos, mirábase en sus ojos como en un espejo, cerraba los suyos de horror, los abría de nuevo para volverlos á ver, y mientras tanto, las tiernas criaturas, al verse atraídas á aquellos castos pechos y apartadas al poco rato de ellos, tomando á juego aquellos forzados arrebatos y aquellas lágrimas, reían jugueteando entre sus largos cabellos. Cuando el lactífero manantial hubo cesado de manar, las hijas de Zebdor, cerrando los oídos á la suplicante voz de Daidha, se llevaron los niños dormidos á donde estaba la tribu, como se enturbia el agua cuando los corderos han bebido!

Daidha, siguiendo con la mirada á aquellas mujeres que parecían llevarse una parte de su alma, les habló con el ademán mientras pudo verlas. Los niños mamaron tres veces aquel día, mas por la noche, cuando las mujeres del jefe se acercaron á la rendija, no vieron á Daidha junto á ella. Llamáronla para anunciarle su presencia, y les contestó la jóven con moribunda voz; sus piernas, cediendo al desfallecimiento causado por una angustia mortal, no podían ya sostenerla. Al oír los quejidos de sus hijos hizo un esfuerzo, mas el impulso de su corazón no fué bastante á levantar su cuerpo moribundo y cayó postrada al pié de la negra pared.

—¡Oh! dijo levantando la voz cuanto pudo; por los frutos vivos ó muertos de vuestras entrañas, por el agua que bebeis, por las lágrimas que yo bebo, pasad esos corderillos por la angosta abertura, y permitid que les dé un día aun su alimento. La leche de mis pechos sube y brota al oír sus gritos, y quizás mane todavía despues de mi muerte; no les negueis el efímero placer de agotar hasta el fondo las fuentes de su madre: y en vez de los leones, serán los buitres los que acudan á devorar sus miembros en mi torre!...

Y las mujeres, pensando en el día en que se da á luz un hijo, pasaron los gemelos por la abertura: Daidha levantó las manos para recibirlos y la noche extendió su negro crespon sobre aquel cuadro desconsolador.



QUINTA VISION

Mas, en tanto que el espesor de los muros apagaba aquellos fúnebres lamentos, resonaba en las tinieblas el rumor de inseguros pasos. ¿Quién, fijando la callada planta en la roca, osa acercarse así á la torre de la muerte? ¿Por qué se detiene de vez en cuando como para espiar, como para escuchar el silencio? ¿Por qué se encamina en todas direcciones? ¿Qué nombres murmura en voz baja? ¿Qué sordo rugido resuena con su aliento, como el del hierro hecho ascua al sumergirlo en el agua? ¡Astros del firmamento! ¿Podreis dar crédito á lo que veis? ¡Es Cedar, sí, Cedar que aparece de nuevo bajo la celeste bóveda! Cedar, libre del yugo que comprimía su fuerza, blandiendo con una mano un roble, y palpando la oscuridad con la otra, como dispuesto á descargar sus golpes en la roca habitada. De esta suerte avanzaba á grandes pasos en demanda de la torre mortal, silencioso, mordiéndose los labios lleno de vengativa saña, y como si un guía seguro le condujera hácia aquel sitio.

Pero ¿cómo habia logrado revivir, resucitar? Cuando su cuerpo, juguete de sus verdugos, cayó despeñado de la roca arrastrando en su caída el enorme tronco de palmera como si fuese una piedra atada á su cuello, el árbol cayó el prime-

ro-recibiendo el cuerpo sobre sí; los bejucos y los juncos que sujetaban el hombre al árbol se rompieron con el peso contra las puntas de las peñas, y cuando la palmera subió á la superficie desde el fondo del rio, el hombre, sostenido por el tronco, flotó con él. El impetuoso Orontes los arrastró en sus ondas al través de sus recodos y sinuosidades, y aquel pueblo vil los creyó desaparecidos para siempre al perderlos de vista tras uno de sus promontorios. Sin embargo Cedar, vuelto en sí por la frescura del agua, y reuniendo lentamente sus vagos recuerdos y viendo huir ante sí el cielo y las orillas, habia comprendido que flotaba en su muerte, y abrazando la palmera con mano convulsiva, la impelia maquinalmente hácia la márgen del rio; pero la rápida corriente, más fuerte que su desfallecido brazo, le llevaba con impetu en direccion del mar. Ya oia en la sonora playa el estruendoso rumor de la marea, ya desaparecian de su vista las orillas del rio, cuando rompiéndose en un insuperable escollo la corriente que el reflujo de los mares rechaza contra su lecho, le arrojó en la arena sin violentas sacudidas. Allí permaneció algun tiempo inmóvil, entorpecido, como un hombre aturdido por un golpe de maza, trayendo poco á poco á su memoria alguna imágen disipada de ella, hasta que recobrando el terrible sentimiento de la realidad, desató con los dientes el resto de la cuerda que le tenia todavía sujeto á la palmera, su sosten, y unas veces andando por el rio y otras á nado, llegó en breve á los bosques de la orilla. Guiado por el instinto del amor, no vacila su paso, parecele oir á lo lejos, resonando en su alma, los lamentos de dos niños y los sollozos de una mujer; el horroroso presentimiento de la suerte de Daidha no le permite descansar un instante, y semejante á un hombre desatinado y atraido por un grito de muerte, estuvo dos dias enteros corriendo, con los brazos extendidos hácia ella: finalmente, él era quien, guiado por la venganza y el amor, subia á tientas por la roca en que se asentaba la torre. Habia reconocido el

campamento á pesar de las tinieblas, por los fúnebres aullidos de los perros: para burlar su vigilancia, procuró amortiguar el ruido de sus pasos, y empuñando vigorosamente su árbol, escuchaba con atencion dispuesto á hacer uso de él.

La sombría y silenciosa torre cuya negra masa se destacaba sobre el fondo oscuro del cielo, proyectó su sombra sobre Cedar ántes que él la divisara; en ella estaba Daidha próxima á exhalar su postrer aliento, teniendo en el regazo á sus dos hijos que acababan de adormecerse; las delirantes visiones del sueño de la muerte coloraban con mil confusas imágenes sus sentidos debilitados, velos que la naturaleza extiende con mano benigna sobre los ojos de los mortales para que no distingan la pavorosa parca. Su razon desfallecida la hacia ver rios de límpidas aguas cuyas linfas subian hasta sus ávidos labios; colmenas llenas de panales que le destilaban la miel libada por las abejas en las numerosas flores campestres; miéntras Cedar arrancaba ramas cargadas de sabrosas frutas para sus pequeñuelos que jugueteaban entre la yerba, ó ella cogiéndoles los bracitos, los extendia hácia él con su mano si las tiernas criaturas lloraban de hambre.

—¡Ah! exclamaba golpeándose los agotados pechos, ¡la naturaleza se manifiesta sorda á sus lamentos! ¡Oh cielo! ¿Cómo ha podido secarse mi seno ántes de mitigarse su sed? ¡Ah! ¡Morir despues que ellos es morir cien veces! ¡Hijos míos: herid sin compasion este pecho que os mata negándoos el sustento! ¡A falta de él, pegaos á mi labio: y en mi postrer suspiro bebed, apurad toda mi alma, que se exhala en vosotros! ¡Cuánto más digna de envidia ha sido tu muerte, Cedar! Tú no has exhalado tres alientos al perder la vida. Recibelos, caro esposo, que se exhalan para tí; abre tu seno para ellos, y cierra tus brazos para mí!

Al oír Cedar los primeros ecos de aquella voz doliente, aplicó al muro su oído atento y parecióle que salía de la piedra una voz sepulcral que le llamaba. Al pronto no conoció en aquel lamento la voz de su amor, velada por la agonía, mas al resonar en su oído el nombre de Cedar, pronunciado por ella, comprendió la horrible realidad y precipitose hacia la torre. Detenido por el muro, que le hirió el rostro, buscó á tientas una entrada, un resquicio cualquiera: tres veces dió la vuelta en torno de la torre fatal con los brazos extendidos, cual tigre encerrado en una jaula, hasta que su mano, que buscaba en vano una puerta, dando con la angosta abertura, penetró por ella. Introdujo todo el brazo en el subterráneo: la helada frente de Daidha heló su mano, y palpó, frío y muerto, en el fondo del tenebroso calabozo, todo aquel extenuado grupo que espiraba en su sombra. Al través de su mente abrióse paso la terrible verdad: tocó el suplicio, y su instinto lo comprendió. Aferrándose entónces á los intersticios y rebordes de las piedras superpuestas, logró encaramarse hasta la cúspide del horroroso edificio, y, temeroso de aplastar bajo sus muros á aquellos idolatrados seres, empezó á demoler la torre por su elevada cima. Sus brazos desesperados hacían volar las piedras con tanto ímpetu como el viento de invierno levanta torbellinos de polvo, y aquellas pesadas moles, que en nuestros días doblegarían muchos brazos, iban á parar á cien pasos de distancia hundiéndose en el suelo. Un estruendo continuo hacía retemblar la ribera; la altura de la torre disminuía por momentos, y en las lejanas cavernas repercutía el eco de aquella ruidosa y hercúlea tarea. Al oírlo todo el pueblo dejó alarmado el lecho, acudiendo en compacta muchedumbre, al primer albor matutino, en la dirección en que tan insólito ruido percibía; y armados todos de hondas, mazas y piedras, volaron prorumpiendo en clamorosos gritos hacia la torre del Hambre, y mientras unos creían que una deidad, auxiliada por el relámpago y el rayo, la hacía caer á sus piés reducida

á polvo, otros, viendo á un hombre reduciéndola á escombros, no se atrevían á avanzar, y consultaban unos con otros lo que deberían hacer. Los más altivos y orgullosos se deciden por fin á acercarse al monumento; al llegar junto á él miran con detenimiento su cúspide; trascurre algún tiempo sin que se decidan á dar crédito á sus ojos, mas por último conocen á Cedar á la tenue claridad de la aurora, y entonces parten mil gritos de otros tantos pechos; mil hondas hacen volar al punto un sinnúmero de guijarros del inmediato río, y silban mil flechas de madera endurecida al fuego, oscureciendo el aire en derredor; mil manos, asiéndose á las junturas de las piedras, pugnan por ser las primeras en llegar á lo alto de la torre, para precipitar desde ella al temerario esclavo que pretende arrancar una hermana á su venganza.

Cedar, cuya mirada replegada en su alma, tan sólo ve á Daidha que le llama con moribundo acento, absorbido en su obra, no divisa al pronto á los ocultos enemigos que se aproximan á él. Zebdani, el primero que trepa por los muros, le sujeta por medio del cuerpo con sus membrudos brazos; Abid y Kor le secundan; pero Cedar, volviendo en sí como sobresaltado por tan inesperada acometida, desprendiéndose con la mano que tenía libre de los débiles brazos de aquellos mortales y crispando los dedos de los piés para conservar el equilibrio, los ciñe con el brazo, los sofoca contra sus costados, hunde en su carne sus ensangrentadas uñas; con una mano los levanta sucesivamente á pulso, los voltea sobre su cabeza como si blandiera una espada; luego abriéndoles el cráneo contra los ángulos de las piedras, estruja las manos que pretenden acercarse á él, y sangrientos, mutilados, los arroja en medio de la multitud que se retira á modo de tempestuosa oleada al ver caer aquellos cuerpos.

Para herir á Cedar sin riesgo, le disparan desde lejos los proyectiles, mas el animoso mancebo, desdeñando el guarecerse de sus golpes, con un pedrusco en cada mano y firme

en su base, los fulmina desde arriba, los destroza, los aplasta; cada uno de sus tiros castiga una maldad ó un crimen; de una formidable pedrada hunde el corazón de Zebdani; otro proyectil mortífero de sus propias murallas extermina á Zebdor, cuyas entrañas se desparraman por el suelo; Abna, precipitado sobre el cuerpo de su padre, cae bajo la misma piedra que él llevara á la torre; Elim, Zadel, Selin, los siete hijos de su raza, no logran tampoco eximirse de la muerte que rebrama tras sus huellas, y todos perecen sucesivamente triturados por sus propias piedras. El brazo infatigable y exterminador de Cedar derriba á aquellos criminales bajo el peso abrumador de su propia injusticia desde los muros que fabricaron para otro suplicio, y los restos esparcidos de los hijos de Phayr, dispersados por el miedo, buscan las sombras para ocultarse y huir.

En tanto, cada piedra de la torre que el jóven dispara secunda su amoroso afán á la vez que su deseo de venganza; cada uno de los pedruscos que arroja su terrible mano reduce la distancia que media entre la cima y la base. Daidha, reanimada por la voz de su esposo, levanta hácia él los brazos desde el fondo de su abismo, hasta que por fin Cedar se precipita triunfante en él como un dios en el infierno, estrechándola contra su pecho de tal modo, que teme ahogarla: su corazón da tregua al júbilo que lo embarga, para saborearlo despues mejor; coge su triple presa en sus amorosos brazos, y así como se llevan los frutos en sus propias hojas, así también levanta á sus hijos en el seno de su misma madre. Con firme y segura planta, cuya energía redobla tan dulce peso, pasa por entre los escombros de la ensanchada brecha; toca por último el suelo, lánzase fuera, huella y pisotea los inanimados cuerpos de sus mil enemigos, y conduciendo á Daidha por aquella escena de horrenda carnicería, la oculta el rostro en su seno al pasar por ella.

Sin dirigir una mirada á aquel sangriento cuadro, penetra



CEDAR, FIRME EN SU BASE, LOS FULMINA DESDE ARRIBA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA DE HISTORIA
 "AL FAVOR DE LOS ACESIT"
 AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

al azar en la oscuridad de los bosques, con tan rápido paso que no parece sino que su planta, aguijada por el horror, es impotente para alejarle de aquellos sitios tan velozmente como desea; en su júbilo sin límites, quisiera remontar á las celestes alturas aquellos tres seres adorados que palpitan sobre su corazón! Siempre que su brazo ó su pierna vacilan, cobra nueva fuerza contemplando sus ojos, y emprende su carrera con impulso creciente en dirección de otros montes por no parecerle ningún sitio bastante seguro para ocultar su tesoro.

Desde la hora en que comienza el crepúsculo vespertino hasta la en que sustituye el día á las fugitivas sombras, corrió sin detenerse á respirar un solo instante, sin hablar y estrechando entre sus brazos á las prendas de su alma; y cuando puso entre él y las orillas del río una distancia increíble, toda una tierra nueva; cuando su mirada penetrante vió otro horizonte, soltó sobre el musgo su preciosa carga, miró en torno suyo con inquietud como si hasta la misma soledad le inspirase sospechas, y luego, riendo, llorando y gritando alternativamente, se puso á palmotear y á dar brincos en derredor.

Daidha, cuyas lágrimas regaban su sonrisa, contemplaba su delirante alegría tendiéndole los brazos, en los cuales se precipitó cien y cien veces el amante esposo, mientras los gemelos respondían con sus inocentes risas á los enajenados arrebatos de su padre. Cuando este hubo dado rienda suelta al júbilo que le embargaba, á la manera que una vasija demasiado llena se evapora al calor, cogió de los tallos de los lirios los cálices de estas flores llenos de savia, cuidando de no vaciarlos, y vertió en los labios de la madre el nocturno rocío recogido en sus urnas. En seguida sacudió las ramas en que la palmera del desierto contiene en su dura nuez la leche del bosque, rompió las cáscaras contra el tronco del árbol; y poniéndose de rodillas con medio coco en cada mano, hizo que

los niños, engañados por su blanco color, absorbieran su dulce líquido y saborearan su pulpa. Uniendo luego sus robustas manos á modo de flexible cestillo, trajo en ellas el dorado panal de las abejas, cuya balsámica miel, espesada por el jugo de las flores, semejaba lingotes de oro incrustados en la dura roca. Las bellotas, cuyo harinoso contenido estaba en perfecta sazón, las raíces y tubérculos de plantas jugosas, y las cañas de azúcar, de las que brotaba blanca leche, recogidas en montones que su mano extendía, y despojadas por él de sus rudas cortezas, les brindaron sabroso festín que contribuyó á reanimar sus fuerzas, y los niños, dormidos sobre la yerba, seguían apretando entre sus dedos aquellos frutos que sobrevivían á su hambre.

Daidha, cuya lozana y vigorosa naturaleza se había repuesto muy en breve, sentía ya acudir á sus pechos el agua de las fuentes de la vida, y Cedar, ebrio de júbilo, pasaba largos ratos contemplando alternativamente á los frutos de su amor y á la que les había dado el sér. En su alma se despertaba una imperiosa necesidad de explayar su corazón que rebosaba de perfumados afanes; de hacer partícipe de su dicha y atribuirle á un sér más elevado; pero su alma, poseída de tan gran necesidad, si bien tenía el instinto de Dios, no podía formarse idea de él; así fué que paseó sus miradas por toda la naturaleza, desde el musgo hasta los troncos de los árboles y de estos á los cielos, designándoles á la madre y á los hijos; hizose á un lado, para que un rayo de sol de la celeste bóveda, fijándose en ellos como una mirada de amor, se regocijase también de volverlos á ver á la luz del día; hubiera querido descorrer todos los velos de las noches para ostentarlos á los ojos de todas las estrellas, y en el éxtasis de ventura en que se abismaba su corazón, pareciale que todo amaba lo que él amaba, que en torno suyo todo participaba de su embriaguez, y que todo, en fin, era una caricia para aquellos séres salvados de la muerte!

Sus sentidos no experimentaban hambre ni cansancio; mas por fin sentóse junto á Daidha en el musgo, y embelesándose su alma más de cerca en sus atractivos, tanto la contemplaba y con tal fijeza y arrobamiento, que sus ojos se inundaban de lágrimas, lágrimas celestes de gratisimo sabor, superabundancia de un corazón mortal que se exhalaba por los ojos, velo húmedo y brillante que el exceso de la alegría despliega sobre la dicha como una nube en el cielo.

Daidha, abandonándose á tan amoroso éxtasis, y reclinada en su brazo, apoyaba la cabeza contra su corazón; enlazó sus manos con las de su esposo, y hablando ambos á la vez, fueron recordando punto por punto, palabra por palabra, todos los dolorosos sucesos de su celeste amor, haciéndose continuos y candorosas confidencias é inocentes preguntas, repitiendo mil veces sus palabras, bebiéndolas á porfía el uno de los labios del otro y confiándose las mismas impresiones y esperanzas: voluptuosa reciprocidad de dos almas arrobadas que, para reunirse, remontan sus dos vidas, y que para saborear mejor la dicha presente, van acopiando sus recuerdos y sus lágrimas en el cáliz de ventura en que humedecen sus labios, esparciendo á modo de sal la hiel de las pruebas soportadas. El corazón del uno fué vaciándose así poco á poco en el del otro, hasta que su seno no pudo ya contener tanta dicha. Su verbosidad fué disminuyendo; en su conversación empezaron á intercalarse momentos de silenciosa pausa; sus párpados, abrumados por tan prolongado insomnio, se cerraban, abriéndose á ratos para contemplarse de nuevo; sus labios, en los que vagaban ya errantes las frases, parecían murmurarlas como en sueños; sus cabezas, inclinándose bajo el peso de tanta felicidad, se apoyaban una contra otra cual dos pensamientos, y el sueño, apagando por fin la voz de entrambos amantes, adormeció los postreros latidos de sus razones.